



REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

JOAQUÍN DICENTA

Galantería baturra.

FÉLIX RECIO

Los tres cajoncitos.

UN PEQUEÑO REPORTER

El Manzanares, salido.

CLEMENTE DE CASTRO

Un susto.

JACINTO GARMÍN

La aparecida.

JULIO MATA

Resucitada.

RAMÓN ASENSIO MÁS

Apuntes madrileños.

PEPE ONTIVEROS

Mis aventuras amorosas.

TOVAR, SANCHÁ, RAMÍREZ, MIGUEL
y ALFONSOCaricaturas y retratos de María Campi,
Petra Vera, La Bella Myra y otros
dibujos.

MARIA CAMPI

Artista italiana, muy bonita, que en el Trianon Pa-
lace es, actualmente, el éxito más grande de la
temporada.

Biblioteca Regional de Madrid

5 cénts.



Á ALGUNOS DE LA GREY CARNAVALESCA

VA A SER P'ECISO ARMARLES UVA GRESCA

¡Cáscaras, cáscaras, cáscaras
con los que al baile de máscaras
van vestidos de «bebé»!...

¿Qué ruines proyectos trázanse
los hombres, cuando disfrázanse
de mujeres?... No lo sé.

¿Qué «quedrán» los niños góticos
que usan trajes estrambóticos
de «chanteuse» ó de «llorón»?...
Bajo el disfráz, ¿no sonrójanse
los que en Carnaval despójanse
de sus ropas de varón?...

¿«Quare causa» no detienenlos
los policías, y tiénenlos
en la cárcel medio mes
—cual quincenarios—y obliganles
á que díganlos y díganles
lo que buscan, de «bebés»?...

¿Con qué derecho asombrábanse
muchos de ellos, y aun quejábanse
de la «falda-pantalón»,
—si—al llamarlos á capítulo—
se les puede dar el título
de «doncellos», con razón?...

¿Por qué esos ninfos gagnápiros
se gastan uno ó dos pápiros
(¡qué lástima de papel!)
en un vestido, y obliganles
á otros tales á que díganles:

—¡Qué «preciosa» vas con él?...

¿No es un deber sacratísimo
combatir el modernísimo
uso del traje en cuestión,
pues que dan—con la novísima
moda—prueba elocuentísima
de su degeneración?...

Yo—como escritor satírico—
no debo «sentirme» lírico,
ni menos trágico; más
sí que puedo decir: «¡Cáscaras!
¡Lo que gozan esas máscaras
por delante y por detrás!»...

En buen hora; pero déjenles
á los demás que motéjenles
de enemigos de la ley
del Amor paradisíaco,
por servir de «afrodisíaco»,
para la invertida grey.

Ya que fuérganles y obliganles
á los vates á que díganles
que «eso» es una aberración,
tomen ya por donde plázcales
mi diatriba ¡hasta que názcales
por las hembras la afición!...

¿Qué ruines proyectos trázanse
los hombres, cuando disfrázanse
de mujeres?... No lo sé.
Por eso digo que ¡¡cáscaras
con los que, en días de máscaras,
van vestidos de «bebé»!!!...

Carlos Miranda.

GALANTERÍA BATURRA

SALE el tren mixto de Calatayud y emprende el camino de Zaragoza con lento caminar de bestia de carga. Chirrían antipáticamente los ejes sin escrupulosidad engrasados, vomita humo negro la chimenea de la máquina, escúchanse en los vagones de mercancías cacareos de gallinas, balidos de corderos, relinchos de caballos; los coches de primera van llenos de aire y polvo; los de segunda y tercera, de gente alegre y decidora. El cirzo del Moncayo golpea con sus alas de nieve ventanillas y portezuelas, y el campo aragonés se extiende como una inmensa alfombra verde á uno y otro lado de los rails. Uno de los coches de tercera va ocupado en su mayor parte por labradores; pues excepción hecha de un cura y un sujeto que por las trazas debe ser médico ó boticario de algún pueblo próximo, los viajeros restantes visten el clásico calzón, la morrada faja, la obscura chaquetilla y el embotonado chaleco, y calzan sus pies con las alpargatas de cinta y cubren la cabeza con el pañuelo de colores. Sólo un asiento queda libre, vamos, libre de persona ocupante, por que lo usufructúa un cesto de melocotones sobre el cual apoya uno de sus brazos el más perfecto tipo de baturro que parió la tierra. Alto, huesoso, con la nariz corva, saliente la barba y los ojos vivos y tenaces, viaja mi hombre con el cuerpo recostado en el respaldado de madera, una pierna cruzada sobre la otra y un cigarro de papel, grueso como un puro, entre los dientes negros y desiguales; frente á él va otro labriego de cara gruesa, abultado estómago y linfático aspecto, que dormita al arrullo del

eje: cacareos, balidos, relinchos y conversaciones, dando cabezadas mayúsculas.

En la estación inmediata á Calatayud se abre la portezuela del coche y entra una mujer como de treinta años; alta, fuertota, apetitosa, con aire de campesina baturra acomodada.

—Buenos días—dice la recién llegada.

—Buenos días—la contestan los viajeros del vagón.

Dirige sus ojos la entrante á uno y otro sitio en busca de asiento, y al ver que no hay ninguno disponible más que el ocupado por la cesta de melocotones, exclama encarándose con el baturro:

—¿Qué quitar ese cestico pa que yo me sienta?

—¿Quién, yo?—responde el baturro.—No señora.

—¿Cómo que no!...—Tengo derecho á un asiento; no hay más que ese... Con que quite los melocotones.

—La hi dicho á usté que yo no los quito.

NUESTRAS COCOTAS



PETRA VERA



—¡Esta chica tiene tantos atractivos que arrastra!...

Y el baturro sigue tranquilamente apoyado en el cesto, mientras la viajera nueva se da á todos los diablos, y el labrador que dormitaba abre los ojos y contempla la escena en actitud indiferente.

Sube de tono la disputa cuando se abre la portezuela y entra el revisor.

—Revisor—exclama la viajera—, haga el



—Diga usted, doctor, ¿es posible saber el sexo de una criatura antes de que haya nacido?

—Sí, señora; nada más fácil. Eche usted una moneda al aire, y si sale cara, es varón...

—¿Y si sale hembra?

—¿Es cara también!

obsequio de convencer á este hombre; le digo que quite ese cesto *pa* sentarme yo, y responde que no lo quita.

—Y no lo quito—contesta otra vez el baturro.

—Pero hombre, no sea usted bestia—dice el revisor.—La señora ha comprado este billete (enseñando el que recoge de manos de la viajera); este billete la da derecho á un asiento. Con que, quite usted el cesto para que se siente esta señora.

—¡Yo! ¡Lo menos se cree *éste* que con sus *andróminas* y con sus galones va á *asustarme*. *Hi* dicho que no lo quito, y no lo quito manque escarrile el tren.

—No hace falta que descarrile; ya habrá quien le haga obedecer—grita colérico el empleado á tiempo que la máquina se detiene frente á una estación.

—¡A mí!... ¡*Tindría* que ver eso!...

Requerido por el interventor acude el jefe de estación. Son inútiles ruegos, amenazas, exhortaciones... El baturro sigue en sus trece y es preciso llamar á la guardia civil.—Ahora veremos—añade el jefe de estación—si quita usted la cesta.

—¡Yo!—replica el aragonés.—¡Yo!... ¡Como no venga á *quitata* el Nuncio!

Entra la pareja en el coche; se le explica el caso, y los guardias, encarándose con el labriego y empleando el dulce lenguaje propio á la institución, le gritan:—¡Quita el cesto inmediatamente, borrico!

—¡Bah!—insiste el otro.—¿*quitato*? Lo que menos *us* habéis *afeguraa* vosotros que van á *meteme* miedo las escopetas y los tricornios *qui traís*! He dicho que yo no quito el cesto, *¡ridiós!*... Y no lo quito.

—Pero ¿por qué no has de quitarlo?—gruñe uno de los guardias, levantando la culata de su escopeta sobre la cabeza del baturro.—¿Por qué?

—¿Y por qué voy á *quitato*—dice el baturro—si el cesto no es mío, sino de ese *siñor* que va enfrente?

Y señala al línfático labriego que había seguido toda la disputa sin hablar palabra.

—Pero, ¿el cesto es de usted?

—¡Claro!—afirma el otro.

—¿Y por qué no lo ha quitado usted?...

—¡Yo!... ¡Otra!... ¡Como á mí no me han dicho nada!...

Joaquín Dicenta.



CHISTE DE LA SEMANA

—Por lo visto, en el nuevo periódico *La Tribuna*, el redactor que más trabaja es nuestro amigo Tomasito Borrás.

—¿Por qué?

—Porque mire usted. Todas las p'anas, *borrás, borrás...*

LOS TRES CAJONCITOS

CON gesto resuelto, como de persona que, suceda lo que quiera, no ha de cambiar de voluntad, la condesa Adelina designó el mueble japonés de tres cajoncitos, una miniatura de laca rosada con filetes de oro que despedía suaves destellos al reflejar la claridad de las lámparas de incandescencia, y dijo gravemente:

—Abrid uno de esos tres cajones, y procurad escoger bien, Valentín, pues en cada uno de ellos he escondido una respuesta al ruego que no cesáis de dirigirme seis meses hace. Si ponéis

la mano en la respuesta amable—en la que dice: ¡Sí!—preciso será que consienta en no rechazaros. Pero, ¡temed encontrar una de las respuestas desagradables! ¡No me veríais más entonces!

—¡Menguada suerte la mía!—exclamó Valentín lanzando hondo suspiro.

—¡Tengo dos probabilidades contra una! ¡Pero cómo habéis concebido tan cruel capricho, hermosa mía?

—Porque si he de acceder á vuestros deseos—contestó sonriendo Adelina,—al menos tendré el consuelo de poder acusar al azar de la falta que cometo.

Perplejo ante el artístico mueble, Valen-

tin tardaba en decidirse. Su mano temblorosa vagaba de uno á otro cajoncito sin atreverse á tirar del anillo de oro, y oprimiáale fuertemente el corazón el temor de una elección aciaga. Aventuróse por fin, cerrando los ojos y encomendándose á la divina misericordia de las providencias... ¡Oh, dichal! ¡Oh, delicia infinita!... La respuesta—una hoja de papel ver-te brillante que desdobló velozmente—contenía la adorable frase: ¡Sí!

Entusiasmado, ebrio de felicidad, el joven

tomó entre sus brazos á la bella condesa y se la llevó ruborosa.

No era ya posible la resistencia, á menos de faltar inicuamente á la palabra empeñada, y no era Adelina mujer capaz de dejar sin cumplimiento sus compromisos.

¡Resignósel!

Los dedos de rosa y nieve de la aurora, apartando la muselina de los cortinajes, la vieron entregada á las dulzuras del amor que desfallece para reanimarse una vez y otra...

Sin embargo, Valentín no estaba del todo satisfecho.

El éxtasis no fué suficientemente poderoso para apartar de su frente



LA BELLA MYRA

Que pasado mañana debutará en Romea.

y de sus ojos cierta importuna nube de trisaza.

—¡Oh!—exclamó la condesa en extremo sorprendida.—¿Qué te falta todavía y de qué puedes quejarte, di, ingrato?

—¡Tengo una desazón!—murmuró apesadumbradamente Valentín.

—¡Tú! ¿A mi lado? ¿Cuál?

GALANTERÍA DE «CANDELA»



—¡Ay Pur...! En cuanto pueda te quite del servicio.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Porque me da mucha rabia verte servir á los parroquianos. Tú no debías dar chicos á nadie más que á mí.

—Te he poseído por azar... No por propia voluntad tuya.

Y volvió á quedar pensativo.

Pero Adelina, entonces, terminando con un beso la más argentina de las carcajadas, respondió al galán contrito:

—¡Tonto! ¡La misma respuesta había en los tres cajoncitos!

Félix Recio.

JULIA FONS, CUPLETISTA

Es un hecho. Julita Fons, la más bonita y la más pícara de nuestras tiples, se hace cupletista.

Nosotros se lo aconsejamos una vez, hace algunos meses, y Julita, sonriendo, nos dijo que no... Pero, después se han acercado á la sin par artista tanto y tanto empresario, con tan fabulosas proposiciones, que Julita ha cedido.

Nos alegramos de todo corazón. Porque el género ganará con ello y porque con ello no pierde nuestra linda amiga. El señor Lleó la dará como tiple, cuando más, sesenta pesetas. Y nosotros ya sabemos de quien, impaciente por saber que acepta, la ofrece quinientas como cupletista...



A UN HIDALGO

QUE LO ES TANTO DE SU PERSONA COMO
DE SU PELLIDO

Periodista ingenioso, activo y ducho que compite corriendo con un galgo, tiene mucho, muchísimo de Hidalgo; de Gómez, yo no sé que tenga mucho.

Tan ameno es hablando, que le escucho con gran placer cuando me cuenta algo, y aunque yo nadie soy y nada valgo, en LA HOJA, como él, escribo y lucho.

Al hablar de un amigo me hago un tacho, pues los tengo de todas las edades, como sabe muy bien mi amigo Paco... (1).

Pero le he de decir cuatro verdades, porque no es un ladrón, pero sí un «caco» muy experto, que roba voluntades.

Gonzalo Cantó.

(1) *Hidalgo y Paco son asonantes, y en un soneto, pues... ¡no hay derecho! debí advertirlo, Paquillo, antes; pero no ahora, que ya está hecho.*

EL MANZANARES, SALIDO



UÉ semanita de angustias y sobresaltos la que hemos pasado los vecinos de la muy... de la muy heroica villa!

Al barómetro le dió por descender, y tan alarmante fué su bajada, que llegamos á temer si se quedaría sin columna, cosa muy natural cuando se llega á tales excesos.

Y claro, la consecuencia fué que nuestro Manzanares, pacífico y bonachón, no tuvo más remedio que alborotarse, y tanto le marearon, que acabó por que se le hincharan las narices, acto verdaderamente temible, pues ya sabemos cómo se pone cuando se le hinchan al respetable río.

Los chicos de la Prensa, con tan extraordinario motivo, nos hemos hartado de hacer notas de color en las que ha habido una gran batuda de frases más ó menos ingeniosas para servirle al público escenas interesantes del suceso fluvial.

—¡El Manzanares se ha salido de madre!

—¡El Manzanares, á consecuencia de su salida, lame ya hasta los cimientos de ambas márgenes de la ribera!

Y es el caso que la ribera, lejos de agradecer las efusivas demostraciones del desbordado Manzanares, púsose á demandar socorro, trayendo en jaque á las autoridades que, cejas en el cumplimiento de su deber, adoptaron toda clase de resoluciones encaminadas á contener los efectos de la avenida.

Yo sé de alguna insinuante jamona que al oír la lectura de tal protesta preguntaba con asombro que quién era esa ribera tan ñoña, hasta que la sacaron de su error diciéndole que no se trataba de ningún apellido, sino de la margen de un río.

También, con motivo de esta crecida, hemos descubierto que hay unos cuantos vivos que se aprovechan de la anomalía para

sacar raja, como vulgarmente se dice. Me refiero á los cazadores de conejos caseros.

Según los precitados reporters, varios sujetos, apostados en las orillas y armados de tiasas pértigas, acechaban el paso por la turbulenta corriente de los pobres conejos que,

sorprendidos en su cálido lecho, fueron víctimas de la riada. Según el sexo de los lectores de este curioso detalle de la información periodística, así habrá sido el efecto: unos habrán envidiado á los conejos, y otros á los que los pescaban de tan ingeniosa manera.

¡Interesante condición la de esos conejos caseros, que primero fueron inundados por el salido Manzanares, y luego enristrados por la potente pértiga de sus perversos conquistadores! Por fortuna, todo ha pasado ya.

Ha ocurrido lo que era natural que ocurriese: después de llegar al máximo de la crecida, lentamente vino todo lo contrario, y hoy nuestro famoso río se halla completamente tranquilo y satisfecho de haber probado á los madrileños que no es tan manso como nos le suponíamos, y que á él también se le alegra la pajarilla cuando se empeñan en urgarle.

Por su parte, la ribera se halla respuesta del susto, aunque un tanto quebrantada, cosa también muy lógica después de tan extraordinaria avenida.

Los únicos que no han vuelto á su primitivo estado son los inocentes conejos caseros.

¡Derrámemos por ellos una lágrima... y que les hagan buen provecho á los «gachos» de las pértigas!

Y puestos á conmovernos, compadezcámos de paso á tantos señores respetables, gustadores de ostras, á quienes el bacillus del tífus les ha dejado, como quien dice, con la miel en los labios.

¡Yo no bacillus en asegurar que se van á morir de inanición ahora!

Un pequeño reporter.

El concurso de máscaras



—Creo que esos concejales me darán el premio de disfraces..., porque anuncian que prefieren los más holgaditos.

U N S U S T O



ON Emeterio se había marchado á examinar cómo andaban los injertos de unos rosales á quienes consideraba como de la familia (tan acendrado era el amor que por ellos sentía), dejando á Petronila, su mujer, y á su primo Evaristo muy entretenidos en discutir el mejor procedimiento

GRAN MUNDO



—¿Bailamos este vals, condesa?
—Este no puede ser. Bailaremos el primer rigodón que toquen después de la teta de las once.

que puede emplearse para la clarificación de los vinos.

Claro es que toda aquella discusión era vano pasatiempo, y que en cuanto don Emeterio dió media vuelta, su consorte lanzó un «¡Gracias á Dios!» y Evaristo un «¡Por fin!...» que bien terminantemente expresaban el sincero regocijo que ambos sentían de verse solos.

—Tontísima.
—¡Feo!...
—¡Cállate, sosona!...

—¡Albérchigo querido!...

Agotado el diccionario de los epítetos cariñosos, empezaron á hablar de un festejo en el cual pretendían holgarse grandemente. Se trataba del primer baile de máscaras.

¡El primer baile!... Aquel que sacude el polvo acumulado sobre los misteriosos antifaces durante todo un año de vida juiciosa, y despierta de su sueño Momo, el dios de la risa.

—¿Estás segura de que iremos?—preguntó Evaristo, que, como hombre prudente, propendía á dudar de todas las venturas muy grandes.

—¡Sí, iremos!—repuso la joven—; ¿quién había de impedirnoslo?

—Tu marido.

—¡Quiá!

—¿Por qué no?

Petronila se encogió de hombros, como persona que no quiere tomarse el trabajo de discutir lo que considera evidente.

A Emeterio no le gustaba trasnochár; además, ella le engañaría justificando su ausencia con el clásico y siempre feliz pretexto de velar á una amigueta enferma.

Conformes en esto, pasaron á discutir la clase del disfraz que Petronila había de llevar.

—Iré de Mefistófeles—dijo ella con esa ufanía de las mujeres bien formadas.

—No—interrumpió Evaristo—; es un traje muy llamativo; te pellizcarían y no tengo ganas de dormir en la Comisaría.

—Pues de payaso.

—Tampoco... ¡Mejor sería de *bebé*!...

Petronila empezó á batir palmas en señal de alegría y consentimiento.

—Sí, eso es... ¡Casualmente tengo un traje de *bebé* precioso! ¿Quieres que me lo ponga?...

—¡Ahora?

—Sí.

—¿Y si viene tu marido?—preguntó el joven asustado.

—No lo creas; los rosales le han robado el seso completamente, y además tiene que ir á casa de Simón, el jardinero, de quien recibe todos los días una lección de floricultura; así que estaremos libres de él durante más de dos horas. Espera...

Petronila entró en una habitación próxima, reapareciendo á poco disfrazada con un transparente y lascivo traje de muselina, y el reidero semblante cubierto por un antifaz

negro, repitiendo el eterno:—¡No me conoces, no me conoces!... de las mascararas.

Y ¿qué sucedió?

Que mientras los dos jóvenes estaban entregados á sus inocentes preparativos carnavalescos, don Emeterio regresaba á su casa muy satisfecho: habíá visto el estado de sus queridos rosales, y el jardinero Simón le aseguró que todos los injertos iban prendiendo á maravilla; de suerte que podemos asegurar, casi sin temor de incurrir en hipérbolo, que D. Emeterio no cabía de gozo en el pellejo.

Antes de entrar en el hotel, acertó á pasar por debajo de la ventana del cuarto en que momentos antes habíá dejado á Petronila y á Evaristo discutiendo acerca del interesante problema de la clarificación de los vinos.

Don Emeterio aplicó el oído...

Y, con un poco de buena voluntad, llegó á entreoir un sordo cuchicheo...

—Todavía están peleándose esos botarates—pensó don Emeterio.

Entonces, como era muy bromista y aficionado á echar á chacota cuanto no atañase en cierto modo á la siembra, poda, injerto, abono, etc., etc., de los rosales, quiso concluir la discusión de su mujer y de Evaristo dándole un susto.

Para ello probó á encaramarse hasta la ventana; pero como no alcanzaba, tuvo que ir en busca de una escalerilla de mano y de un arcón que á poca distancia de allí se parecían.

Precisamente en aquel momento, Evaristo,

preocupado por el recuerdo del esposo que podía volver de un momento á otro, decía:

—Anda, Petronila, date prisa en vestirme porque *ese* no tardará.

—¡Quiá!...

—Y como te vea en ese traje, se pondrá hecho un toro.

—Tengo yo muy buen capote y no le temo.

De pronto vieron un brazo que corría violentamente la cortina de la ventana, y el rostro de don Emeterio que apareció de súbito, surgiendo del jardín como el muñeco de una caja de sorpresa y lanzando un ¡*Muuú!*... formidable.

El miedo les tumbó de espaldas.

—¡Ah!...

—¡Oh!...

A estos dos gritos de terror, contestó el cándido esposo con una estentórea carcajada.

—¡Ah, bobalicones! —exclamó—; ¡buen susto os he dado!...

—¿Pero era broma?—preguntó Evaristo algo recobrado de su sorpresa.

—¡Naturalmente, tontos, naturalmente!... ¡Cómo!... ¿Crefáis que era un toro de verdad?...

¡Cosas de don Emeterio, que seguía celebrando su ocurrencia con sonoras carcajadas!...

Y, claro... ¡Poco faltó entonces para que lo tres se muriesen de risa!...

Clemente de Castro.

LA UTILIDAD DE UNA CAMISA



LA APARECIDA



El día lo pasamos juntos; pero cuando vi que la noche iba acercándose á toda prisa, quise retirarme temiendo ser molesto.

—No, quédese usted con nosotros—exclamó el anciano marqués—; ¡bueno fuera que le dejase yo recorrer á estas horas las dos leguas de mal camino que median entre mi castillo y el pueblo!... Yo miré á la marquesa, procurando adivi-



ez.—¡Maldita duda! Juraría que esta mañana la hice un nudo en el corsé y ahora me encuentro una lazada.

nar en sus ojos su deseo; aquellos ojos glaucos, serenos, limpidos y profundos como los remansos de los grandes ríos, me envolvieron en una mirada misteriosa, intraducible, de mujer ardiente, que me pareció una declaración á quemarropa.

—Bueno dije—me quedo, feliz de dormir esta noche bajo una tiranía tan dulce como ésta con que ustedes me convidan.

Durante la comida, que fué suculenta y alegre, tuve ocasión de realizar interesantes descubrimientos. Comprendí que aquel matrimonio no era feliz; él era viejo, débil; con la mirada mortecina de los insensibles, los labios anémicos, las manos frías y trémulas... Y ella, joven, vigorosa, con un rostro movible y arrebolado por ese fuego íntimo de las

pasiones represadas... Sí, bastaba verles para comprender que estaban divorciados... separados por el abismo sin término de los años.

Mientras bebíamos café, el anciano marqués me habló de su castillo.

—Como toda obra muy antigua—concluyó diciendo el marqués—, mi castillo ofrece inconvenientes gravísimos... Las habitaciones son grandes, desamparadas, tristes las ventanas no encajan bien en sus marcos y el frío se siente demasiado... y además hay aparecidos!...

—¡Aparecidos!—repetí admirado.

—¡Sí; aparecidos, almas en pena, de antepasados nuestros, que murieron sin confesión, de muerte violenta, tal vez.—Esto lo sé de buena tinta—agregó el marqués.—Me lo han referido varios viajeros que pernoctaron aquí, y yo me apresuro á decírselo á usted para evitarle un susto.

Agotada la conversación, cada cual se retiró á sus habitaciones.

Yo me caía de sueño; pero, no obstante, el cansancio que me produjeron los treinta kilómetros que recorrí durante la jornada, no me podía dormir, preocupado con aquella disparatada conseja de los espíritus errabundos. De pronto, un ruido casi imperceptible obligóme á levantar la cabeza. En el fondo de la habitación percibí, al incierto resplandor de una claridad que venía no sé de dónde, una sombra vaga, un contorno femenino que se acercaba...

A pesar de mi despreocupación tuve miedo, ese miedo horrible que acomete á los hombres nerviosos ante lo inexplicable, y me tapé la cabeza con la sábana, como un niño que quiere librarse del coco...

Pasaron unos instantes... largos como eternidades... durante los cuales el fantasma fué acercándose, deslizándose sin ruido sobre la alfombra sus pies desnudos.

De pronto sentí que una mano fría como la de un muerto se posaba sobre mi frente. No pude contener mis nervios y lancé un grito.

—No grite usted—murmuró la sombra.

¡Era la marquesa... Con sus ojos profundos y sus labios húmedos de mujer voluptuosa!...

—¿Qué quiere usted?—exclamé.

—Silencio, silencio, por Dios—repuso, echándome al cuello sus brazos desnudos.—Mi marido podría oírnos.

Jacinto Carmin.

RESUCITADA

HAS notado—me dijo Pablo—, la facilidad con que se apela al suicidio á los veinte años? Tan fácilmente como se rompe un hilo ó se corta una flor, dos novios se arrojan en brazos de la muerte unidos en un beso supremo. Es un hermoso suicidio; pero no tuve fuerzas bastantes para llevarlo á cabo cuando hace dos años me lo propuso cierta Luisa, de mejillas aterciopeladas de rosa y corazón de fuego. Fué un idilio encantador, deliciosísimo el nuestro. Un día, Luisa, con poca prudencia y atendiendo sólo á las impacencias de su amoroso afán, me dijo:

—Habla á mis padres.

¿Para qué? Eramos demasiado jóvenes y no teníamos una situación conveniente. Aunque desconfiaba del resultado y temía una rotunda negativa ó quizá algo peor, vencido por las cariñosas instancias de Luisa, resolví complacerla.

Puedes imaginarte la sorpresa y los gritos que mi pretensión provocó.

¡Un mozueto imberbe! ¿De qué íbamos á vivir? ¿Y los hijos?... ¡Bonito hogar iba á ser el nuestro!... ¡Magnífico porvenir el que nos aguarda!

Para concluir: el mozueto imberbe fué puesto en el arroyo y la chicuela encerrada bajo la vigilancia de toda la familia. Durante quince días no tuve noticias de mi amada; ya daba aquello por concluído, cuando recibí una carta en que Luisa me citaba en el sitio de costumbre.

—Tenías razón, querido mío—decía—; mis padres, no sólo no permitirán jamás nuestra unión, sino que ya tienen concertada mi boda con un pretendiente de su gusto. Ven, si me amas todavía, y cuando nos veamos resolveremos juntos lo que debemos hacer.

—No amaremos, sí—exclamé al verla—, á despecho de

todas las vigilancias. ¿Ser uno del otro? ¡Qué dicha tan grande! ¿Verdad?

—Sí—contestó Luisa enrojándose.— Cuando tú quieras; pero con una condición.— ¿Cuál?—pregunté.

—La de morir después. Nos mataremos en seguida.

Al ver mi sorpresa, añadió:

—¡Oh! Pablo mío, tú quieres, ¿verdad? Tendré valor para todo á tu lado. Después de ser tuya no puedo vivir. ¿Comprendes? Tendría mucha vergüenza. ¿Estás conforme?... Después de todo la vida no vale nada. Es preciso ser ricos para vivir y ser dichosos. Por lo tanto, vale más morir en brazos de la felicidad.

—Pero escucha: te amo demasiado para matarte. No podría...

Luisa llorando contestó:

—¡Entonces me mataré yo sola!... Es el único modo de dignificar mi caída.

Fué inútil razonar. En vano procuré convencerla de que era conveniente aguardar tiempos mejores.

Nada conseguí. Estaba loca y enamorada. Deseaba ser mía y morir en seguida.

—Puesto que lo quieres, sea—exclamé—; venga la felicidad, no importa á qué precio, puesto que si no la acepto ahora, es imposible para mí. Cuando tú quieras.

—Entonces, mañana, aquí mismo... y á la misma hora. Tráete lo necesario. Cuento contigo...

Marchóse y al punto me volvió el juicio. Matar á aquella encantadora Luisa y matarme yo, me parecía un disparate. Más adelante, cuando estuviere dichosa reposando en mis brazos, se dejaría convencer... Animado de un pensamiento, me dirigí á casa de un farmacéutico amigo, que me dió una botellita con un narcótico inofensivo.

—Es un simple calmante—



—Me encantan los hombres atrevidillos... Con qué picardía mete usted la pierna.

—Ya ve usted, y yo que creía que estaba... metiendo la pata.

dijo—; lo más grave que puede sucederle á usted es dormir algunas horas apaciblemente.

Alegre por la aventura que se presentaba, esperé á Luisa al día siguiente.

Llegó hermosa, fresca y coquetona, ataviada como para una fiesta. Estaba un poco pálida y un poco trágica, pero bella como nunca. Yo la miraba con deseos de reír...

—¿Traes eso?— me preguntó.

—Láudano...—dije sacando el frasco.

Ella me abrazó con efusión y me dijo:

—Es suficiente. ¡Cuánto nos vamos á querer, Pablo mío!...

.....
Al día siguiente, Luisa, dándome en la espalda golpecitos para despertame, murmuró:

—Ha llegado el momento, Pablo. Vamos á morir.

—Luisa, Luisa mía, mi bien amada, mujercita mía, en este momento somos dichosos y podemos serlo aún durante mucho tiempo...

Ella exclamó furiosa sin querer escucharme:

—¿Te has olvidado ya de lo que me juraste?

—Nos casaremos. Nadie nos lo impedirá.

—¡Cobarde, cobardel! Vive tú si quieres. ¡Yo... no puedo!...

—Sea, pues—dije viendo la inutilidad de mis esfuerzos.—Aquí está la botella. Cada uno beberemos la mitad, y para que tú tengas toda la responsabilidad de lo que pase, yo beberé primero.

—No, Pablo, espera; yo beberé, lo beberé todo si es preciso.

—Toma—dije tendiéndole la botella—. ¡Bebel!

Sin responder me miró algo sorprendida, lanzó un gran suspiro y bebió.

—Toma, bebe tú ahora. Te toca á tí...

Filosóficamente bebí mi parte sin apresurarme y sin temer, porque tenía confianza absoluta.

—Acostémonos—dije.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué nos va á ocurrir, Pablo?

—Nos dormiremos, nada más.

—¿Para siempre?

—Sin duda—añadió.

—Abrazame. Así no tendré miedo.

La pobrecita temblaba entre mis brazos como una azogada y sus dientes castañeteaban de frío.

—Luisa—la dije cariñosamente—, aun es tiempo de tomar un antídoto. ¿Quieres?

—No—contestó, valientemente.

—¿Quieres?—repetí.

Esta vez ya no respondió. El narcótico surtía sus efectos. Con los ojos cerrados, de los que resbalaban dos lágrimas y abandonada á mí, Luisa dormía sobre mi brazo como un niño.

Al cabo de un rato mis ideas comenzaron á embrollarse también y cerré los ojos.

Poco después el ruido de la puerta que abrían violentamente y la presencia de la policía, acompañada de los parientes de Luisa, nos despertó sobresaltados.

Sin advertirme, Luisa había depositado en el correo, antes de reunirse conmigo, la carta con la fórmula consabida: «Queridos padres:

Cuando recibáis ésta ya no existiré... Perdonadme... etc.» Y allí estaban los padres dispuestos á conceder el perdón, á consentir en todo y dichosos por encontrar á su hija con vida.

Lo que sucedió entonces es presumible: lágrimas de los padres, abrazos, ¡qué sé yo!

La policía primero intentó detenerme; luego, á una indicación del padre, se retiró.

Yo, asustado, me dirigí á mi amada.

¡Pero qué mirada me dirigió Luisa al resucitar! Ella no perdonaba.

Sin dirigirme una palabra salió de allí. No ha querido volver á verme desde aquel día. Y, sin duda, para despreciarme, se ha resignado á la vida y á sus deberes, casándose con el marido que la tenían elegido sus padres.

Yo la he llorado durante algún tiempo como á una muerta...

Julio Mata.

CANTAR EN ACCIÓN



Mueves tanto las caderas
si vas andando, gitana,
que me entusiasmo y me tengo
que abrochar la americana.

porvenir, porque en cuanto no pueda hacer lo que ahora, me salto la tapa de los sesos en el mismo escenario para morir haciendo ruido.

MI MUJER.—Te creo. Porque no hay uno en tu familia que no esté tocado de la cabeza.

YO.—Deja en paz á mi familia, que sabes no tolero en sentido ofensivo ni la más leve alusión. A mí, dime lo que quieras.

MI MUJER.—En casa, en casa te complaceré. *(Nuevo silencio hasta llegar al domicilio conyugal. Allí se desarrolla una escena que necesita contar para justificar no sólo el final de este incidente, sino el de otros posteriores).*

YO tengo la creencia de que á la mujer se la mata ó se la deja; pero de ningún modo debe maltratarse de obra.

A pesar de esto, me excitó tanto con sus justificados insultos, que tuve que amedrentarla fingiendo que la iba á pegar, y llegué á tirarle un azucarero, cuidando de no hacer blanco en su persona. Pero no contaba con la huéspeda.

La huéspeda fué mi señora madre polifítica, que estaba escondida tras un cortinón y que de repente se arrojó sobre mí, por la espalda, y me arañó la cara, desde el ojo derecho hasta el cuello. Para quitarme el estorbo la empujé con el codo y cayó sobre mi cama, dándose un fuerte golpe en la boca *(supongo que no fué contra los colchones)*, saltándose los dientes.

Al verme la cara chorreando sangre se marcharon las dos corriendo y yo me quedé dando paseos de un extremo á otro de la casa. En uno de éstos, me vi en un armario de luna la cara, y el efecto fué mortal; pensé en el ridículo de

YO.—¿Qué es lo que ve usted?

GUARDIA CIVIL.—Que están ustedes comiéndose faltas contra la moral, y van ustedes determinados ahora mismo. *(Nieves llora).*

YO.—¿Yo, detenido? ¿Usted sabe quién soy yo?

GUARDIA CIVIL.—Un caballero, al parecer, que no debía dar lugar á esto. Y sobre todo, que yo cumplo con mi deber.

YO.—Mire usted que no hay ataques á la moral y que yo tengo que ir á trabajar al teatro Apolo y que se me hace tarde.

GUARDIA CIVIL.—¡Ah! ¿Usted es del teatro?

YO.—Sí, señor; el que llama á Cirila y se atraganta con el humo.

GUARDIA CIVIL.—¡Parece mentira que!... *(En este momento Nieves dice ¡allá va!, y devuelve por donde entró lo que le quedaba en el estómago. El guardia se hace cargo de la situación y nos busca un coche. El cobero me conoce y quiere hacer que corra el caballo. ¡Ilusiones del buen auriga! El caballo dice que nones y cuando llega á cumplir mi misión ya me han tenido que sustituir en tres papeles. D. Enrique está como para pedirle que escuche á un autor novel, y yo como un autor novel que quiere leer un sainete al COMITÉ DE LECTURA).*

CUADRO TERCERO

La tarde del día siguiente, en el momento de bajar del tranvía de la Bombilla.

PERSONAJES

MI MUJER, acechándome, de muy mal talante

y Yo, temblando, por si acude Nieves á la segunda cita.

(HABLADO)

MI MUJER.—Hola, ¡socio! ¿Estás esperando á tu amor?

YO.—Algo hay de eso, ¿y tú?

MI MUJER.—Yo, también. Vengo á convidaros ó á que me convidéis, porque creo que donde esté mi marido puedo estar yo.

YO.—Indiscutiblemente. ¿Dónde quieres que entremos?

MI MUJER.—¿Dónde? ¡So sinvergüenza! En el tranvía para ir á casa, que allí ajustaremos las cuentas.

YO.—No levantes la voz ni te vayas de la lengua, que entonces perderías el derecho que te asiste.

MI MUJER.—Anda, anda al tranvía, ¡so golfol! YO.—Vamos; pero guarda los pitopos para casa, que no nos oirá nadie.

MI MUJER.—¿Nadie? Los sordos me van á oír. (Subimos al tranvía y pago treinta céntimos por cada uno hasta la Puerta del Sol. Por dicha cantidad se hacen tres viajes á los Cuatro Caminos ó seis á la plaza de la Cebada. Vamos solos. Silencio por ambas partes hasta San Antonio de la Florida.)

YO (por hablar de algo).—¿Has visto los frescos de Goya que hay aquí?

MI MUJER.—Te he visto á tí, que eres más fresco y más boniacho que puedan ser esos.

YO.—Si esos frescos no pueden beber, mujer, son pinturas sobre el techo y paredes.

MI MUJER.—Ya lo sé, ¡imbécil! YO.—¿Qué vas á saber, si no has pisado una escuela de pago. (Esto se lo digo para desviar su imaginación del motivo del enfado).

MI MUJER.—¡Canalla!

YO.—¡Económica! (No puedo dirigirle otro insulto hablando con imparcialidad. Otro rato de silencio hasta pasar frente á la Estación del Norte).

YO.—¿Que ganas tengo de acabar la temporada para utilizar la estación esta!

MI MUJER.—Sí, y que hagas lo que el año pasado, que encima de perder el dinero que llevábamos, mili pesetas que te mandaron de Apolo por telégrafo y lo que dieron de empuño por las alhajas, deshiciste el seguro de vida y tuvimos que aprovechar las vueltas á los tres días de verano.

YO.—Tienes razón, te hice sufrir bastante; pero en cambio te salvé la vida en Gijón el año anterior.

MI MUJER.—Más valía que hubieras dejado que me ahogara.

YO.—No hay mal que por bien no venga. Por lo de San Sebastián abortecí el juego, y por lo de Gijón me diste palabra de hacerle la distrada si tenía algún *tropicheo* por ahí.

MI MUJER.—¡Pero uno solo, y no cuatro como ahora! Y no creas que lo siento por el cariño que pueda tenerle, si te tengo alguno; es por lo que te gastas con ellas, que lo robas á tu casa, y porque te estás matando. Ya verás la vejez que te espera.

YO.—Te equivoocas en lo que se refiere al

APUNTES MADRILEÑOS

¡SIGA LA BROMA!

—¡No me conoces, Gregorio, no me conoces!...

—¡Arreal!...

¿Quién es este mamarracho?
—No lo sé ni me interesa; pero, á juzgar por las chanzas y el felpudo y la chistera, no será precisamente ningún socio de *La Peña*.

—¡No me conoces!...

—Y dale.

¡Pero mira que eres pelma!

—Lo que soy es un sujeto que llevo un mes dando vueltas con el afán de encontrarte pa decirte cuatro frescas.

—¿A mí?

—Como lo oyes.

—Bueno,

pues quítate la careta que voy á ponerte el rostro lo mismo que la jalea.

—¡A que no!

—¡A que sí!

—Señores,

un poquito de prudencia, que estamos en Recoletos y la gente se aglomera.

Y usted, máscara, procure no provocar ni armar gresca con las personas pacíficas que con usted no se metan.

—¡Pero si es que le conozco!...

—Bueno, ¿y qué?

—Maldita sea.

¡Pero si es mentira!

—¡Claro!

—¿Mentira? Vamos á cuentas.

—Á ver.

—¿Tú no eres Gregorio Martínez y Pedroneras?

—Eso dicen.

—¡Pues entonces!...

¿Tú no tienes una tienda de objetos de pan, cerillas y gomas pa bicicletas en el número catorce de la calle de las Huertas?

—Dirás en el diez.

—Corriente.

Me he confundido. ¡Dispensa!

—Oye, ¿y de qué me conoces?

—De atrás.

—¡Repuñol!...

—¡La vértigal

—Te conozco de una tarde que estuvimos en las Ventas jugándonos á la brisca kilo y medio de chuletas, y te presenté á mi esposa

ENTRE BASTIDORES



—¿Y este es el número de atracción?

—Ya lo creo, como que todas las noches se la carga.

de buena fe, con nobleza, como hacen los hombres que obran con corrección y decencia.

—No lo recuerdo.

—¡Ay, qué gracia!

—Y vámonos, Micaela, que hace fresco.

—Hace narices.

—¿También tú?

—¡No, que se juega!

—Pero reflexiona...

—Máscara,

siga usted, que me interesa.

—Por mí, que siga. ¡Hoy se ponen

los moquetes á peseta!

—Pues le presenté á mi esposa,
y el señor, que es un boceras,
le tomó ley á mi casa
cuando yo no estaba en ella,
y empezó yendo á buscarme
con un pretexto cualquiera
y acabó por tomar algo
y estarse las horas muertas.
—¡Los hay desahogáos!

—Te advierto

que ese felpudo ex:gera.

—En total, que mi señora,
que es muy capaz si la dejan,
de dar lo suyo y lo ajeno
pa consolar una pena,
se interesó de tal modo
por ese melón de cuelga
que acabó loca perdida
por él; así, con franqueza!
Y el señor, que es un vivales
que no tiene intención buena,
pigó esa acción de mi conyugue
hollándola y seduciéndola.

—¡Máscara, que fué al contrario!

—¡Mentira!

—¡No!

—¡Tengo pruebas!

—¡Usté es un primo!

—Señores,

¡que haya un poco de vergüenza!

—Máscara, ¿le falta mucho?

—Lo que me falta, se abrevia.

—Pues corte usté por lo sano

y ahueque usté, que molesta.

—A eso voy; pero que conste
que á mí me importa una tecla

que el señor y la señora
me hayan puesto en evidencia,
porque los dos son mayores
y saben á lo que juegan;
lo que á mí me solivianta
y me trastorna y me ciega,
es que el señor, no contento
con haber abusado de ella,
va refiriendo la cosa
por colmáos y por tabernas
con sus pelos y señales.

—¡Sopla!

—¡Rediez!

—¡Que se vea!

—Y eso yo no se lo aguanto
ni al Padre Santo que venga,
porque bueno que se haga,
pero no que se refiera.

—Tiene razón.

—Y le sobra.

—Bien dicho.

—¡Olé la elocuencia!

—Y usté, ¿de dónde es?

—De Cabra.

—¡Ya se conoce á la legal!

.....

Gritos, golpes, estacazos,
sustos, desmayos, carreras,
juramentos, pisotones
y los del Orden que llegan.

Y aún dicen algunos tontos
que el Carnaval no interesa
y que á nadie le divierten
las bromas carnavalescas!

Ramón Asensio Más.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL

¿Por qué no se debe fumar?

PEDID EL FOLLETO DEL EMINENTE

= Doctor D. Antonio Martín Orozco =

Y OS CONVENCERÉIS DE LOS PERJUICIOS QUE ESTE ARRAIGADO VICIO OCASIONA

Se facilita **GRATIS** en todas las buenas Farmacias de España

y en la **Sociedad Anglo Ibérica - Apartado 350 - Madrid**

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO



Apartado de Correos número 547
MADRID